

tas, cantad sus alabanzas. Que las islas y el inmenso mar la bendigan, y los cielos publiquen su gloria y poder, su grandeza y bondad (1).

CAPÍTULO VII.

BELÉN.

§ I.

ú, Belén Efrata, eres pequeña entre los millares de Judá; pero de ti me vendrá el que ha de ser dominador de Israel, el cual fué engendrado desde el principio, desde los días de la eternidad» (2). Hé aquí la profecía; oigamos la historia. Por aquellos días se promulgó un edicto de César Augusto mandando empadronar á todo el mundo....., y todos iban á empadronarse, cada cual á la ciudad de su stirpe. José, pues, como era de la casa y familia de David, vino desde Nazaret, ciudad de Galilea, á la ciudad de David, Belén, en Judea, para empadronarse con María, su esposa, la cual estaba en cinta. Y sucedió que, hallándose allí, le llegó la hora del parto. Y parió á su Hijo primogénito, y envolvióle en pañales, y le recostó

(1) D. Bon., Ps. B. V., CII.

(2) Mich., v, 2.

en un pesebre, porque no hubo lugar para ellos en el mesón (1).

Los romanos dominaban el universo; el cetro había salido de Judá; era, pues, llegado el tiempo en que debía nacer el Mesías. Llegada la plenitud de los tiempos, envió Dios á su Hijo, hecho de mujer y sujeto á la ley (2). Las promesas se han cumplido, las figuras tocan ya á su término, la gracia descende en abundancia de los cielos (3); es la hora en que nace el Hijo del Eterno; suena, pues, en nuestra tierra una voz de alegría, y en las tiendas de los pecadores se escucha un canto de consuelo y regocijo. Que los montes se alegren y los umbrosos árboles del bosque se llenen de contento. Escuchen los cielos y la tierra, y queden mudas de admiración todas las criaturas, y sobre las demás, el hombre. Jesús ha nacido en Belén. ¿Qué corazón hay tan de piedra, ó á qué alma no deja enternecida esta palabra? ¿Qué otro anuncio puede haber más dulce y encantador? El gozo no cabe en el pecho. Jesucristo ha nacido, trayendo consigo la salud, el óleo de vida y la gloria. Respirad, levantando la frente, los que estáis ya perdidos, porque viene el Señor á buscar y salvar á los que han perecido. Levantaos los enfermos, pues viene el que sana á los de corazón contrito y afligido (4). Alegraos vosotros, los hombres de grandes deseos, el Hijo de Dios os viene á heredar

(1) Luc., II, 1, 7.

(2) Gal., IV, 4.

(3) D. Thom., hic.

(4) Ps. CXLVI, 3.

con el cielo. Se llama Jesús, salvará á su pueblo de sus pecados; decímosle Cristo, y destruirá el yugo de nuestras maldades con la abundancia de su gracia, que correrá sobre nosotros como el aceite (1). Se hace hombre el Hijo de Dios, é hijos de Dios, adoptivos, los hombres serán.

No elige el Señor, cuando nace, á la hermosa Salén, la ciudad de cien reyes; mas una aldea pobre y oscura, la que ya desde entonces y en todos los siglos es llamada mil veces dichosa; y en efecto, lo es, y por esto se han dicho cosas grandes y llenas de gloria de la humilde y pequeña Belén, pues en ella nació el Salvador (2).

Es San Bernardo quien ha venido hablando hasta aquí; sus palabras nos muestran la senda que tenemos que andar, la esperanza, el consuelo y el gozo rebosando en el alma. Y ¿quién de nosotros pudiera pensar en Belén sin sentirse inundado de purísima y santa alegría? Si el pecado nos liga; si sus sombras envuelven el alma, el Señor ha venido á romper toda liga y cadena, volviendo á los hombres la paz con el cielo. ¿Por ventura no oís esa voz de los ángeles que suben cantando: «Gloria á Dios en la altura del cielo; paz el hombre reciba en la tierra»? Vino el Hijo de Dios para destruir las obras del diablo (3).

Si un momento meditamos en las palabras del Evangelio referidas antes, descubriremos la obe-

(1) Isa., X, 27.

(2) Ps. LXXXVI, 3, 5. D. Bern., Serm. I in vigil. Nat. D. N. J. C.

(3) I Joan, III, 3.

diencia y las demás virtudes de María; ni el estado en que se hallaba, ni el rigor de la estación la detienen; ni ¿cómo pudiera detenerse cuando llevaba en sus purísimas entrañas al Niño que había dicho: «He venido para cumplir tu voluntad; eso he deseado siempre, ¡oh, Dios mío! y tengo tu ley en medio de mi corazón?» (1). Era María una tierna y delicada Niña, y dilatado era el camino que emprendía; añadamos á todo esto su pobreza, que no la proporcionaba ningún alivio. Así es como llega á la patria de David la más hermosa y santa de sus hijas; ¿hallará un lugar donde pueda recogerse y descansar? Para la hija de aquel Rey no hay posada en el mesón, y tiene que albergarse en una cueva. Pero entretanto, la humillación y el sufrimiento, ¿le arrancan alguna queja, ó se ve la tristeza en su semblante? Nada de esto. Si habla, es bendiciendo y adorando á Dios, y en sus labios juguetea dulcísima sonrisa, que consuela el corazón de su afligido esposo. Alegre y resignada, toma posesión de aquella humilde estancia, en la que Dios quiso que naciera su Divino Hijo. Acércase la hora del sagrado parto de María; ¿qué hace Nuestra Niña? Quita las sandalias de sus pies, prepara los lienzos en que ha de recibir y envolver al Hijo de su seno, dobla sus rodillas, levanta al cielo sus hermosos ojos y sus manos; está suspendida en el Señor; hállase embriagada en un torrente de divina dulzura, y entonces sale de su inmaculado vientre el Rey inmortal de los siglos, como el esposo que sale

(1) Ps. XXXIX, 8, 9.

de su tálamo (1), derramando tan brillante y pura luz, que bien podía apagar la luz del sol; en un instante, nada más en un instante, vino al mundo Jesucristo: lo toma en sus brazos, lo envuelve en pañales, reclinándolo sobre el pesebre. «Bien venido seáis, le dice, Dios mío, Señor mío é Hijo de mis entrañas» (2). El Niño llora, tiembla de frío, yace en el duro pavimento, extiende sus delicados miembros buscando refrigerio y consuelo en su Madre cariñosa; ¿qué hará la tierna Niña? Le adora como á Dios, le acaricia como á su Hijo, le estrecha á su seno, le calienta en su regazo, le da la leche de sus virginales pechos, gozando delicias de los cielos. ¡Ah! ¿Quién es María en estos momentos? Parécenos un sér casi divino. ¿No es Ella, en efecto, la que al contemplar á su tierno Niño, en medio de los santos arrobamientos de su amor, una y otra vez le está diciendo lo que el Padre le dice eternamente: «Tú eres mi Hijo, hoy te he engendrado»? ¡Qué alegría tan santa inundaba el corazón de esta Madre afortunada! ¿Quién podrá medir las efusiones de su cariño, quién nos dirá las palabras que entonces salieron de sus labios? Los tiernos vagidos del Niño penetraban su alma. «No llores, Hijo mío, bien de mi vida, luz de mis ojos.» Y Ella, ciertamente, juntaría sus lágrimas á las de Jesús, lágrimas que hacía le derramar el amor y la tierna compasión que liquidaban su alma. Las miradas de su Hijo la llenan de dulzura. ¡Qué Madre tan dichosa! Ella

(1) Ps. XVIII, 6.

(2) Revel. Stæ. Birg., l. VII, c. 21.

no puede separar sus ojos del rostro de ese Niño, que forma la gloria de los cielos. ¿Por ventura no recordaría aquellas palabras: «He hallado al que ama mi alma; jamás lo dejaré: mi amado para mí, y yo para mi amado»? (1).

María contempla á su Hijo divino entre el gozo y el asombro, la adoración y la confianza. Su belleza la deslumbra y encanta. Él es el más gentil en hermosura entre los hijos de los hombres; la gracia se halla derramada en sus labios (2). Es más hermoso que el sol, sobrepuja á todo el orden de las estrellas, y comparado con la luz, le hace muchas ventajas (3). ¡Qué júbilo tan grande el de la Virgen Purísima, al ver aquel espejo sin manchilla de la majestad de Dios, el rostro de Jesús! ¿Quién es este Niño soberano? El heredero universal de todas las cosas, por quien Dios crió los siglos; el resplandor de su gloria, el vivo retrato de su sustancia, que lo sustenta todo con su poderosa palabra, y está sentado á la diestra de la majestad en lo más alto de los cielos; tanto más superior y excelente que los ángeles, cuanto es más aventajado el nombre que recibió por herencia (4). El heredero de todas las cosas, y sin embargo, María lo contempla envuelto en pobres pañales, y no teniendo sino un pesebre donde reclinar su cabeza. ¿No es Él quien monta sobre querubines y vuela en las alas de los vientos?

(1) Cant., III, 4; II, 16.

(2) Ps. XLIV, 3.

(3) Sap., VII, 29.

(4) Heb., I, 2, 4.

Pero David añade á estas bellas palabras, lo siguiente: «Puso en tinieblas su asiento.» Y antes había dicho: «El Señor inclinó los cielos y descendió» (1). El rayo fulminante se apaga entre sus manos, ceñidas hoy con una débil cinta; es un Niño que ha menester para moverse los brazos de su Madre: humillación y necesidad de ajeno amparo: ¡cuántas grandezas y bellísimos encantos descubre nuestra Niña en todo esto! ¡Humillarse Dios á tal extremo! Hay un misterio: el de su amor. Dios, nuestro Salvador, ha manifestado su benignidad y amor para con los hombres, salvándonos, no á causa de las buenas obras de justicia que hubiésemos hecho, sino por su misericordia, haciéndonos renacer por el bautismo y renovándonos por el Espíritu Santo, que derramó copiosamente sobre nosotros por Jesucristo, Salvador nuestro, para que, justificados por la gracia de este mismo, vengamos á ser herederos de la vida eterna (2). Dios, que es rico en misericordia, movido del excesivo amor que nos tuvo....., quiso mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia, en vista de la bondad usada con nosotros por amor de Jesucristo..... por quien tenemos cabida con el Padre, unidos en el mismo Espíritu (3). No es, por tanto, únicamente el amor de Jesucristo hacia los hombres lo que María descubre en la humildad de su Hijo, que se halla reclinado en un pesebre; es el del Padre

(1) Ps. XVII, 10, 12.

(2) Ad., tit, III, 4, 7.

(3) Ephes., II, 4, 7, 18.

y el del Espíritu divino: y ved ya á nuestra Niña engolfada en el piélago inmenso de ternura y amor de la Trinidad adorable para con el mundo, revelada en su más pura y bella expresión.

Cuando María se detiene contemplando la humildad y pobreza de Jesús, ¡cuan débiles parecenle aquellas sus hermosas palabras: «Yo soy la esclava del Señor»! Y en efecto, ellas lo son si las comparamos con los abatimientos de su Hijo, cuya gloriosa majestad descubre la Purísima Virgen al través del cándido velo que la oculta (1). María, sin duda alguna, es la más excelsa y bella de todas las criaturas; con todo, si su belleza nos encanta y deslumbra, debemos conocer cuánto más hermoso es quien la crió; si su poder nos maravilla, Aquel que la trajo á la existencia, la excede incomparablemente (2). Y si María es reputada digna de gloria y bendición, antes que á Ella débese á Jesús la bendición y gloria; así como es primero en el honor el arquitecto, que la casa que él mismo fabricó (3). Si, pues, Jesús se humilla hasta nacer en un establo, ¿podrá nunca compararse su humildad con otra alguna, sin dejar de excederla inmensamente? Mas nuestra Niña comprende que el Dios de soberana majestad se humilla y anonada para que puedan los hombres imitarle, y dice con su ejemplo lo que dirá des-

(1) Suar. Ad., 3 p., disp. 19, sect. 4, post. D. Antonin., 4 p., tit. 15, c. 17.

(2) Sap., XIII, 3, 4.

(3) Heb., III, 3.

pués con su palabra: «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón (1). Y Ella, al contemplarle, va descubriendo nuevamente profundidades y misterios inefables en la humildad de Jesucristo; y conoce que el hombre jamás puede humillarse como se humilló el Señor.

Si el Niño que María tiene delante de sus ojos, oculta y parece que ha dejado su grandeza y su poder, trae consigo la bondad y la clemencia. Cuando saca el mundo de la nada, descubre su poder, y nos muestra en su gobierno su divina y adorable ciencia: en su santa humanidad vemos su misericordia, dulce y amorosa con el hombre: ¿por qué tememos? Viene ese Niño, no á juzgar, sino á salvar al mundo. En otro tiempo quiso el hombre ceñir su frente con la Real diadema que no era suya; fué cogido en su delito, llenóse entonces de pavor y espanto, y huyendo de la presencia del Eterno, veía vibrar sobre su frente la terrible espada del ángel vengador, y desterrado del Edén, comía el pan con el sudor de su rostro; mas ahora, ¿en dónde están las armas, ó quién escucha la voz aterradora del muy Alto? El Niño de María es un infante cuyos vagidos, más bien que miedo, excitan ternura y compasión (2). Es, pues, llegado el tiempo en que pueda el corazón derramarse como el agua, delante de Jesús. María lo toma en brazos; ¿quién hay que mida la ternura de esa Madre al estrechar por la primera vez el fruto de su amor? Su vida ha pasado en un

(1) Matth., XI, 29. D. Bern., Serm. I, De Nat. Dni.

(2) Matth., XI, 29. D. Bern., Serm. I, De Nat. Dni.

momento al sér querido á quien llama Hijo, y se dilata en ese nuevo corazón que Dios le ha dado y que por Ella vive, con expansiones de indefinible y purísima dulzura. Ese corazón es el verdadero cielo donde brilla la gloria del Señor, el abismo que guarda los riquísimos tesoros de la sabiduría y la ciencia y la bondad divinas; el pié-lago sin fondo y sin orilla de la gracia y la clemencia; pero María hace sola todo el giro de ese cielo; penetra hasta el fondo de ese abismo, y camina sobre las olas de ese inmenso mar, y hace su morada en la heredad del Señor (1). Cuando nuestra hermosa Niña va recorriendo esas regiones del amor divino, ¡con qué profunda y tierna emoción una y otra vez exclama: «¡Oh, cuán amables son tus moradas, Señor de los ejércitos! Mi alma suspira y padece deliquios en los atrios del Señor. Transpórtanse de gozo mi corazón y mi cuerpo contemplando al Dios vivo. El pajarillo halló un hueco donde guarecerse, y nido la tórtola para poner sus polluelos» (2). Mas no es en la morada del terrible Señor de los ejércitos donde ha entrado la Santa Virgen, sino en el tierno corazón de su Hijo, siempre lleno de indulgencia y de bondad. El Hijo la entrega sus tesoros y la descubre todos sus misterios, y entonces esa paloma celestial, que se ha hundido en el océano de la gracia y del amor, se levanta sobre el mundo, y sacudiendo suavemente su plumaje, lo inunda en el rocío vivificante de los cielos.

(1) Eccí., XXIV, 8, 11.

(2) Ps. XXXIII, 2, 4.

Mas el Rey Profeta, en las palabras dichas, nos revela un misterio del amor de María para nosotros, que no pasaremos en silencio. La tórtola halla un nido donde pone á sus polluelos. La ternísima Madre de los hombres llévalos consigo cuando entra en aquella celestial morada; y allí, allí es donde nos deja colocados, entretanto que sale y rodea por todas partes con su amor y su cariño el corazón de Jesucristo, derramando con admirable profusión sus afectos, como el agua del sacrificio del profeta Elías (1). María no busca esa morada para defenderse; de antemano el Señor la previno con su gracia, y la salvó del abatimiento de ánimo y de la tempestad (2). Ningún mal podrá tocarla, ni el azote se acerca á la morada del Señor (3). Ese sitio es, por lo mismo, el lugar de sus delicias; pero sus hijos á toda hora se ven perseguidos de sus enemigos, y tienen que volverse á Dios, diciendo: ¿Cómo podremos sostenernos delante de ellos, si tú ¡oh, Dios! no nos ayudas? (4). Mas siendo llevados en brazos de María, y puestos por Ella en el corazón de su Hijo, ¿por qué temeremos algún mal? Siéntese lleno de ternura el corazón, y bendice los desvelos de María: al contemplarlos, casi nos parece que en su alma sensible y amorosa rivalizan el cariño de Jesús y el que tiene á los hombres y que adoptó por hijos: ¡tan dulce y ardiente así sentimos su ternura ma-

(1) III Reg., XVIII, 34.

(2) Ps. LIV, 9.

(3) Ps. xc, 10.

(4) I Mach., III, 53.

ternal! Y es la verdad que el amor que nos profesa extiende y prolonga el de Jesús, á quien contempla en cada uno de nosotros: es aquel amor sagrado que, descendiendo de Dios, pasa por el seno de María y viene á derramarse en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado (1).

Una vez que ha dejado á sus hijos nuestra Madre en el corazón sagrado de Jesús, vuélvese á sí misma, recordando estas palabras de su hermoso cántico: «Hizo en mí grandes cosas el Omnipotente; su nombre es santo.» Un día dirá Jesús: «Así amó Dios al mundo, que llegó á darle su Hijo Unigénito» (2). ¿Qué amor puede ser á éste comparado? ¿No perdonar á su propio Hijo, sino entregarlo por nosotros! (3). Amor tan grande causará eternamente el arrobamiento y pasmo de los ángeles: misterio tan sublime hace que exclamemos: ¡Oh profundidad de los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios: cuán incomprensibles son sus juicios, cuán inapeables sus caminos! (4). En la dádiva que el Padre ha hecho al mundo, sabe nuestra Niña que Ella es la preferida, y goza un privilegio incommunicable y personal: el Verbo ha encarnado en su purísimo seno: María es su verdadera Madre: ¡cuán grande es, por tanto, el amor que Dios la tiene! ¿Habrán en los riquísimos tesoros del Eterno joya más valiosa y

(1) Rom., v, 5.

(2) Joann., III, 16.

(3) Rom., VIII, 32.

(4) Idem, III, 33.

refulgente que aquella que es preferida á los reinos y los tronos, y en cuya comparación nada valen las riquezas, ni las piedras preciosas, ni el oro, ni la plata, y forman un caudal de infinito precio que nos gana la amistad de Dios? (1). Y esa joya es de María, y esa preciosa margarita no ha tenido que comprarla. Dios, en su bondad y amor, quiso con ella enriquecerla. ¿Qué lengua, después de esto, podrá decirnos cuál fué la gratitud, y la ternura, y las expresiones del amor puro y ardiente, con que la hermosa Virgen ensalzaba la magnificencia y predilección de Dios para con Ella? Momentos dichosísimos de inefable gloria fueron aquellos en los cuales nuestra Reina pensaba en las misericordias que Dios le ha dispensado. ¿Qué otra cosa puede hacer el Señor en favor suyo y no la ha hecho? ¿Dónde están las coronas que no han ceñido su frente pura? ¿Ha reservado acaso alguna palabra de alabanza con que no haya elogiado su belleza? Es su seno inmaculado y santo, pero no infecundo; su corazón rebosa de inocencia, brilla con la ciencia más pura del Señor; entre las hijas de Adán es la primera, y es también la Reina de los ángeles: en medio de su dicha, el hombre se tiene por su hijo, y Dios la llama su querida Madre: si levanta sus ojos hacia el cielo, el Padre la bendice y glorifica; si los vuelve en torno suyo, la creación entera rendida está á sus pies: su corazón humilde busca un asilo para refugiarse, si podemos decirlo; mas ¿dónde podrá esconderse á las miradas del Señor, que la

(1) Sap., VII, 8, 9, 14.

ama y la va siguiendo á todas partes? ¿Dónde, que los hombres no la hallen? Ella vuelve al corazón del Niño que tiene en su regazo; mas aquí nosotros salimos á su encuentro, y en torno suyo, puestos de rodillas, la colmamos de alabanza y bendición. ¿Qué hará entonces la bendita Madre? Reune todas esas bendiciones y alabanzas, en medio de ellas pone su tierno y humilde corazón, y así le ofrece y le consagra á Dios. ¡Cuán santas y abrasadas son las expresiones que salen de sus labios! ¡Cuán es la ternura que derrama á los pies de su adorado Niño! Llena está de gratitud su alma sensible, y cuanto más se detiene contemplando aquel objeto de las eternas complacencias del Padre, otro tanto adquiere de finura y ardor su gratitud. Pasmados hállanse los ángeles del cielo al contemplar los profundos misterios del incomparable amor de nuestra Niña: jamás en sus innumerables y lucidísimas falanges se halló un corazón abrasado en llamas tan ardientes y que dieran tan vivo resplandor: los más santos y dulces afectos vienen agolpándose en tropel, si es lícito decirlo, al corazón de María: es la criatura sin pecado, la llena de gracia, la Hija, la Madre, la Esposa de Dios, y todos estos títulos, y cien otros que posee, reclaman su amor, piden un suspiro, exigen una lágrima: y lágrimas, suspiros y amor es la ofrenda que nuestra muy amada Madre presenta al Niño que en sus brazos tiene; pero lágrimas ardientes, profundos suspiros, inextinguible y acendrado amor. Bajemos los ojos, recojamos nuestro espíritu y meditemos en silencio estos misterios que tan viva y hondamente nos conmueven; que

asimismo nuestras almas, bien que miserables y muy tibias, sabrán sentir la dulzura del amor, y gustar, aunque de paso, las celestiales y castísimas delicias del Eterno.

Otro instante todavía detengamos nuestras miradas en la Madre del Señor. Hasta hoy la hemos visto en medio de la luz, iluminando el horizonte de su vida la hermosa claridad de un sol de gloria; pero ¿no veis, por ventura, que se viene levantando allá á lo lejos un oscuro y rojizo nubarrón? Jesús ha venido á redimir á los hombres del pecado; mas lo hará á costa de su sangre y su preciosa vida. María lo sabe, y su corazón tiembla de dolor al recordarlo. Hallábase en el más sensible y elevado punto de su amor, cuando los primeros afectos de la maternidad brotaban en inmensos raudales de su inmaculado pecho; una mirada al porvenir derrama un cáliz de amargura en esas aguas, que hasta entonces sólo habían llevado en sus corrientes delicias celestiales. ¡Ah! Cuando piensa María que aquellas manos y pies, tan tiernos y tan puros, serán alguna vez traspasados con los clavos, y aquella hermosa frente ceñida con espinas, y el corazón de su Hijo abierto con terrible lanza, sus ojos derraman copioso y triste llanto; estrecha al Niño contra el seno y lo cubre de besos y caricias, y va pensando en el inmenso amor que Jesús tiene á los hombres: descender de los cielos, vestirse nuestra carne y morir por salvarnos. María entonces nos abraza juntamente con Jesús; ¡cuánta felicidad para nosotros! Esos delicados brazos que mecen tan dulcemente al Dios Niño, también nos servirán de cuna, y así

lo hemos experimentado en toda nuestra vida. Recordemos las gracias y ternuras de María, y veremos que han sido tan delicadas y amorosas como el blando arrullo con que una madre adormece entre los brazos al hijo de su seno; lloramos muchas veces sin saber por qué, y la tierna Virgen acalla nuestro llanto poniéndonos en la misma cuna de Jesús. Ella recuerda que Jesús fué niño, y niños también fuimos nosotros; y como niños nos ha tratado siempre; por eso ha sido tan indulgente y compasiva con sus hijos; disimula su ignorancia y los instruye, los cubre con su manto y piensa siempre en ellos. Mas el amor de esta Niña incomparable va mezclado con su llanto, y esta circunstancia lo vuelve, si es posible, doblemente querido y estimable; el amor sellado con lágrimas tan puras, y que ha sabido consumir tan duros sacrificios, es un tesoro cuyo precio el hombre no llega á comprender.

María nos contempla como niños y nos ama con delicada y finísima ternura; por nuestra parte, el amor que le tenemos, en sus sencillas y humildes expresiones, parece revestir el candor de la niñez; se olvida el hombre de sus canas; tal vez un instante olvida sus delitos, pues hállase á los pies de una Madre llena de indulgencia, y usa el lenguaje de los niños, y su corazón trasciende la fragancia de la edad primera. Los niños no saben amar sino á sus madres, que prefieren á todo cuanto existe; no los deslumbra el resplandor de la belleza, ni las pasiones los agitan (1); está su

(1) D. Chrysos., Hom. 26, in Matth.